



# Alimento y café

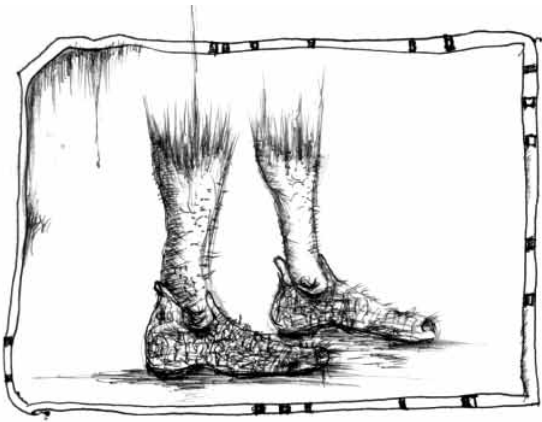
*Omar Hebertt*

EL DESPERTADOR TIMBRÓ, RUIDOSO. Valdivia regresó a la conciencia en una habitación color crema que hacía tiempo no recibía pintura. Con la vista desenfocada, distinguió el movimiento de las motas de polvo entre las franjas de luz que se colaban por las cortinas desde la ventana. El cabello ralo cayó en hebras sobre sus ojos y con ello comenzó su desfile de emociones matutinas. Se sintió ridículo.

Alargó el mismo brazo que extendía todas las mañanas y apagó el despertador. La pesadez, abrir los ojos, tallarlos; oler el aliento de dientes enfermos; pelillos pegados en la almohada. Giró para ver a su esposa, abotargada, macilenta, cloqueando entre ronquidos. Alguna vez creyó soportarlo a cambio de ternura. Así, dormida, le asqueaba pensar en esa máscara de la que colgaban sonrisas repetitivas, como calendario de carnicería.

Pensó en los sueños que le inspiró una y otra vez. La recordaba de piel suave, alegre, de humor ligero, amable con quienes la buscaban; disipando la pesadumbre de las personas nada más con la voz. Un timbre dulce que le dio fama de ternura. El tiempo la volvió un chillido agudo que despertaba perros. En otro momento habría reído.





Ilustraciones: Hugo Ramírez Rosales

Valdivia se incorporó de la cama, ignorando el fastidio. Mesó cada sien y miró con tristeza la curva de su vientre, era como contemplar un pedazo de carne adherido al cuerpo; la única parte capaz de resistir la creciente sensación de anestesia que lo ahorcaba. Sentía el paso de la transpiración emergiendo de cada poro, mezclándose con el vello bajo el ombligo. Sonrió.

Se calzó el viejo y querido par de pantuflas que Karina quiso tirar más de una vez, demorando el roce del forro contra su piel. Imaginó que el peluche se convertía en pelambre de un animal fino que aguardaba el contacto de los pies de Valdivia. Quizás era la forma en que se sentirían las personas cuando sus mascotas los esperaban por la mañana, pero la idea de tener un animal asqueroso que se podía comer lo que fuera, y encima hasta cagar en la habitación, le revolvió el estómago.

Cuando la ocasión lo permitía, y sin nadie que lo importunara, les hablaba con palabras amorosas de las que nadie lo creería capaz. A veces, las acariciaba con una ternura que habría negado para Karina. Eran las primeras y quizá las únicas en recibirlo como necesitaba.

Se dirigió al baño. Empezó por cepillar sus dientes. Se aplicó las gotas que el oftalmólogo le indicó usar o perdería un gran porcentaje de visibilidad en unos años. Pero, se preguntaba, ¿por qué había reído el doctor cuando se lo dijo? Nada más le estaba pidiendo consejo para usar un medicamento que le ayudara a prolongar su visión por más tiempo.

Corrió la cortina y la extendió tal cual estaba antes de atravesarla. Miró las llaves para el agua caliente y fría, se corrió hacia uno de los lados para evitar que le rozaran las gotas; le desagradaban los cambios súbitos de temperatura, fueran de calor o de frío. Giró con calma las llaves, y graduó la temperatura.

Valdivia ahuecó las manos y se aventó agua en la cara; apretó dos dedos en su nariz y aventó el aire con fuerza. Vació sobre su mano un poco del champú que había comprado de una oferta especial, lo mantenía en secreto dentro del depósito del excusado. Decían que era lo más eficiente contra la calvicie.

Empezó a frotar con suavidad el cuero cabelludo, usando la yemas de los dedos, tal y como indicaban las instrucciones; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... contó mientras calculaba los cinco minutos que decían las instrucciones; una voluta de espuma cayó al suelo conforme tallaba su cuero cabelludo. El Sr. Valdivia contempló curioso el espumarajo deshaciéndose contra la caída del agua. Sonrió por lo bajo. Le recordó aquella ocasión en la que, según había escuchado, el detergente podía disolver la grasa que los jabones para baño no podían, pero emitía un sonido extraño. «Qué jabón tan fuerte, a lo mejor en un mes veo los resultados», pensó mientras seguía frotando con generosidad y procedió a enjuagarse.

Extendió el brazo derecho para tomar la pastilla de jabón, pero notó algo. Las burbujas del champú ya se habían disuelto, el sonido no.

Cerró las llaves de la regadera para localizar el origen. Por un momento temió que se debiera a una



fuga de gas. ¡Gracias a Dios Karina y él no fumaban! Salió de la tina, alejándose poco a poco, atento. Mientras más se alejaba, el sonido también. Caminó sobre sus pasos, de vuelta hacia la regadera, seguro que estaba en la tina o en la plomería.

El ruido era agudo. De repente se detenía, bajaba de intensidad, convirtiéndose en un gorgoteo y otra vez empezaba. Pero ¿dónde?

Entró en la tina, con el oído pegado a la pared. Buscó en las uniones de los mosaicos, apoyando las manos. Se paró de puntillas, con la cabeza cerca de la regadera. Nada. Confundido, se aferró de las llaves para reclinarse. A lo mejor un gas que salía de la coladera. Acercó el rostro, pero el tufo lo hizo retroceder, incluso le provocó un escalofrío que coincidió con su estomago revuelto. Regresó de nuevo, cerrando las aletas de

la nariz con los dedos. Fijó su atención por entre los orificios de la rejilla, pero algo a su lado le distrajo.

A unos palmos de distancia de su mano izquierda, en el adhesivo de la cerámica, una figurita se movía. Levantó la mano para aplastar a la cosa, pero su brazo se detuvo en medio del aire.

Era un hombrecillo diminuto que se arrastraba, gritando.

El señor Valdivia no daba crédito. Lentamente, bajó la mano para sostenerse y ver más de cerca. La criatura se arrastraba impotente, tenía las piernas amputadas. Estaba desnudo. Se retorció en el suelo, con la mirada aterrada, volviendo la vista hacia atrás; parecía huir de algo. A su paso había una estela de sangre, apenas visible por la suciedad acumulada en el adhesivo del mosaico. Se detuvo y volteó hacia arriba, hacia el señor Valdivia.

Los gritos dejaron de escucharse, el hombrecillo se flexionó hacia arriba con las manos entrelazadas. Suplicaba, pero no podía escucharlo; por más que se esforzara, todo cuanto oía era un zumbido.

Valdivia se volvió un absoluto estúpido. No podía creer lo que veía... ¡Sus ojos! ¡Claro! Eso era. Había tenido una reacción alérgica por las gotas. Ya se las arreglaría el doctorcito ese, que le gustaba reírse mientras recetaba a sus pacientes, ya sabría quién era Pompilio Valdivia. Pero también lo escuchaba. Es más, fue lo primero que supo del hombrecillo. También tendría que ir a un otorrino.

Sus ideas se interrumpieron por lo que pareció un grito. El hombrecillo se había olvidado de Valdivia. Se volvía hacia atrás dirigiendo ademanes. Valdivia no veía hacia qué. Sus manos temblaban cubriéndole el rostro, como si se protegiera. Ahora sólo se veía su calva brillante de sudor.

De pronto su cabeza cayó hacia el frente, el movimiento era el mismo que de una persona golpeada por la nuca con mucha fuerza. Ya no se incorporó. Con la cabeza apoyada contra el suelo y la mirada hacia uno de sus costados, apenas arrastró los brazos hacia adelante con una lentitud penosa, pero antes de continuar, todo su cuerpo empezó a presentar espasmos.

Valdivia asestó un hábil manotazo al piso. Asqueado, nervioso, levantó su humanidad con evidente esfuerzo, preguntándose que había sido eso. No le dio muchas vueltas, tenía cosas por hacer. No había terminado de bañarse, por ejemplo.

Iba a abrir las llaves de la regadera, cuando se dio cuenta de que en su mano tenía una mancha de sangre, además de... de... El estómago se le descompuso del todo y le ganó el vomitó.

Mareado, dejó que el agua recorriera su cuerpo. Tomó una fibra de zacate y restregó con fuerza la mancha. Siguió frotando incluso después de haberla limpiado. Estuvo a punto de sangrarse la mano. Apenas podía evitar el asco.

Medio hipnotizado, secó el agua en su cuerpo y pasó a su habitación. Karina ya no estaba en la cama. Sacó su ropa del clóset, dejando que el cuerpo le guiara. Cuando reaccionó, estaba completamente vestido. Parado frente al espejo; pálido.

Bajó los escalones uno por uno. Entró a la cocina y tomó su asiento. Saludó a sus hijos y a su esposa... ¿esposa? ¿Dónde está? La buscó con la mirada. Le pareció ver un hilo de humo tras los cristales de la puerta hacia el patio, mientras Karina entraba por ella, sonriendo con esfuerzo.

Un escalofrío recorrió su espalda. Se volvió hacia sus hijos; frente a él estaban sus dos retoños. Grandes, bien nutridos. Quién se los fuera a imaginar cuando nacieron, así de chiquitos. Ahora le sacaban dos cabezas de altura.

Los dos lo penetraban con la mirada. Masticando con lentitud. Dentro de su boca se escuchaba el triturar de huesos y tuétano enjugado. ▀▀

